

# CHARGAFF

LUIS MEANA  
Escritor

Un mundo viscontiano  
de escritores, valeses,  
pensadores, saberes y  
conocimientos, del  
que ya no quedan más  
que sombras



ERA este bioquímico, hijo de un pequeño banquero y de una madre asesinada por los nazis ni se sabe dónde o cuándo, uno de esos últimos estilistas del saber y del conocimiento, que se empeñan en sentarse tozudamente sobre una incómoda columna de pensamientos escépticos y negros, y aguantar en ella años y decenios, ajenos a cualquier sentido práctico, pompa o fama, ejercitándose, con la autoexigencia de un gladiador romano, en la durísima ascesis de lo que un día se llamó «Bildung» o cultura, tesoro humano que, según Chargaff, desapareció hacia 1850, tras la muerte de Grimm, después de haberse acreditado como rentable durante dos milenios largos, y que se dejó de lado para dar paso a una monstruosa y sistemática idiocia a la americana. Diagnóstico que le llevó a invertir aquella requetecitada conclusión de Adorno. «Creo que (ADORNO) no tenía razón. Para que fuera posible Auschwitz, mucho antes tuvo que volverse imposible la poesía». Conclusión a la que hay añadir otra mucho más íntima y sangrante: (el asesinato perpetrado contra mi madre y el asesinato perpetrado contra mi lengua materna fueron la misma cosa; ambas se consumieron en la misma ceniza). La muerte de la palabra, la desaparición de los grandes escritores, sustituidos por meros figurantes que escriben incluso bien, aunque «la escayola es escayola, por más que se la pinte de mármol», fue, como en su opinión ha ocurrido y ocurre siempre, el antecedente que abrió y condujo a la barbarie, confir-

mando así aquella vieja advertencia de Rivarol: «Malheur á ceux qui reuvent le fond d'une nation».

Fue este hombre, de lejanas raíces judías españolas, un bioquímico de fama y renombre, ilustre catedrático de la no menos ilustre Universidad de Columbia, y autor de fórmulas y anticipaciones que abrieron el descubrimiento de la «doble hélice» de Watson y Crick, colegas a los que comentó inocentemente en 1952 sus ideas, y que éstos utilizaron, según él, para adelantarse en el descubrimiento. A la ciencia dedicó apasionadamente su vida, hasta que toda una serie de experiencias, incluida la del átomo, le despertaron, por decirlo kantianamente, de su sueño dogmático. Eso le convirtió en un ácido y furioso crítico de ese hipertrofiado

ansia de saber llamado ciencia, que dejó de ser una pasión o religión de la verdad, en la que habían hecho sus votos Galileo o Newton, para convertirse en una rama más del capitalismo de mercado. Con setenta años bien cumplidos, y tras ese largo rodeo, se atrevió con el tema que le había obsesionado toda su vida, la historia humana, de la que había sido lector infatigable desde muy niño, y sobre la que escribió entonces, en su limpio estilo científico, verdades reprimidas y aterradoras sospechas, resumibles en aquella máxima de su tan querido Gibbon: «History is, indeed, little more than the register of the crimes, follies, and misfortunes of mankind». Y así se convirtió en un Jeremías moderno, profeta contra la historia y el progreso de un

hombre, dispuesto a inmiscuirse en los grandes secretos de la creación —como la célula o el átomo— con tal de gozarse en la tentadora soberbia de «seréis como dios...».

Aparte de todas esas cosas, este compañero de clase de Otto Preminger, era mucho más que eso: era el último emperador vivo de un imperio muerto, era el último ejemplar viviente de una especie sociogenética desaparecida, la de los grandes intelectuales judíos de la cultura en alemán, de la que él era el único eremita restante, perteneciente además a la rama vienesa, y de la que, muerto él, por cierto muy poco después que el alemán Gadamer, ya no queda quien haya visto, vivido o tocado aquellas raíces de las que salieron, entre otros muchos, Freud, a quien repudiaba, y Karl Krauss, a quien idolatraba. Un mundo viscontiano de escritores, valeses, pensadores, saberes y conocimientos, del que ya no quedan más que sombras, epígonos, simulacros o filósofos exangües perdidos en un tedioso y esforzado laberinto de jergas fofas y hermenéuticas estériles. Una vez más, y como ha ocurrido tantas otras veces con estos hijos pródigos de la gran cultura alemana, un hospital de Nueva York ha sido el lugar de la despedida definitiva. En esta ocasión, del último emperador vivo, de aquel eremita vienes, elegante, cáustico y sabio, que se ha habido subido a su solitaria columna para explicarnos, con una famosa estrofa de un famoso poema, la razón última de sus negros pensamientos: «estamos en guerra, y mi único deseo es no ser culpable de ella».

## BIBLIOTECA ERRANTE

JOAQUÍN ALBAICÍN  
Escritor

Casi todos lucen en su  
contrasolapa relación  
de los lugares a los  
que me han  
acompañado

parece —acaso, por lo de los laberintos— pluma muy para leer en Benares. Los relatos publicados por Lencero bajo el título *Los arenales de la madrugada* los imagino —no me pregunten por qué— paladeados junto a un luminoso ventanal por aquel Yul Brynner dedicado en su castillo de Normandía a la cría de palomas mensajeras. Y me gustaría releer en París, o en alguna pensión berlinesa con vistas al canal Landwehr, toda mi biblioteca anastásica.

Claro que, como dijera el ya citado Jardiel: «La mujer y el libro que han

de influir en una vida llegan siempre a las manos sin buscarlos». Hedin, cuando partió de Fergana rumbo a Kashgar con dos perros, «quinze hermosos caballos y una verdadera muchedumbre de sirvientes», se llevó consigo obra tan célebre —en Suecia, suponemos— como *Fährnich Stal*, de Runeberg. Bruce Lockhart, dos semanas preso en el Kremlin, aprovechó para devorar, entre otros, a Tucídides, la *Historia de los Papas* de Ranke y *Contra la corriente*, de Lenin y Zinoviev. Mientras esperaba a que sus carceleros fuesen a asesinarlo en la saca de la checa de Fomento, Ledesma Ramos alternaba el juego de los barquitos con la lectura de libros de astronomía. En San Pedro y San Pablo, aguardando sentencia (las sacas no eran cosa de las prisiones del Zar, sino de las mazmorras populares), Dostoiévsky leía la Biblia, a Shakespeare y a Charlotte Brontë. En cuanto a Yuri Gagarin, primer funcionario en traspasar la

atmósfera, no echó libros al morral. Sólo, pensamientos de tan dudosa credibilidad como: «*Pensé que la nave volaba sobre el Congo, sobre el país en el que los imperialistas habían asesinado arteramente a Patricio Lumumba, valeroso luchador contra el colonialismo y por la felicidad de su pueblo*». Sí, es exactamente lo que un hombre inteligente pensaría a bordo de una nave espacial. ¿Cómo elegir otro objeto de cavilación? Y ¡qué tierna infancia hubo de ser la de Yuri, que meses antes de su aventura se comía con los ojos las fotos de los astrochimpancés de Caño Cañaverl publicadas por *Life*! Al pie de la escalera que conducía al interior de la cápsula, se detuvo un momento a recordar los fognazos más felices de su vida. Uno de ellos es especialmente literario: «*Escolar, escribiendo por primera vez la palabra Lenin*». Ni Boris Izaguirre —con su humor en el fondo tan «*apparatchik*»— lo superaría. ¿Qué sienten hoy los niños al escribir por primera vez la palabra Bush? ¿Aman a Bush con la intensidad que Gagarin niño amó a Lenin? Y, ¿lee Bush? Algo, seguramente. Pasaron, por desdicha, los tiempos en que los hombres éramos gobernados por analfabetos como Carlomagno. Roguemos por su vuelta.

**BIBLIOTECA Errante** no es sólo el sello editorial fundado por el bardo Carlos Lencero, letrista de Camarón, Pata Negra y Raimundo. Es también el puñado de libros conjurados entre sí para que en todo viaje que haga haya de cargar con ellos: el *Bhagavadgita*, *El Rey del Mundo* de Guénon, el ensayo de Slessarev sobre el Preste Juan, *Espectro luminoso del budismo* de Pallis, *Bestias, hombres, dioses* de Ossendowski... Casi todos lucen en su contrasolapa relación de los lugares a los que me han acompañado y, algunos, aplanada y seca, la flor local que una beldad introdujo entre sus hojas en Kharkhorin o Udaipur. ¿Quién me iba a decir que un día de mi cumpleaños iba a pasarlo en Ulan Baatar leyendo *La tournée de Dios* de Jardiel, que una noche en tren de Lucknow a Agra me la iba a acortar Simeon, o que mi vuelta en autocar del estreno de *Narciso* por Canales en Sagunto dispondría el Destino que la consumiera la lectura de *Blues de la frontera* de Sherman Alexie...?

Es una Mano Invisible la que decide esos encuentros, aunque a veces la relación libro-lugar la cree el viajero, que es quien lleva al primero en la maleta y arriba al segundo (si bien, en ocasiones, impulsado por un autor). Borges, por ejemplo, me